

In Memoriam. Ranajit Guha (1923-2023).

John Beverley

Universidad de Pittsburgh

En la vida universitaria, como en el arte o la política, el balance es siempre entre innovación y captura. La innovación abre líneas de fuga y la captura las va cerrando, formando nuevas formas de disciplinariedad. Es un juego desigual, porque por la misma naturaleza ‘disciplinaria’ de la universidad, la posición insurgente, disciplinar, igualitaria, siempre termina siendo domesticada. Sin embargo, esa domesticación también implica la formación un nuevo espacio de hegemonía intelectual y cultural.

Es en esta perspectiva que quiero recordar la intervención de Ranajit Guha y los estudios subalternos en la ocasión de su muerte a los 99 años (casi como un Profeta). Los que formábamos bajo su tutelaje el Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericanos en la década de los noventa del siglo pasado solíamos decir que Guha fue nuestro gurú. Lo decíamos en en broma porque Guha no era un hombre de la religión o la espiritualidad (o lo era de una forma muy heterodoxa), sino un historiador y por una parte de su vida un funcionario comunista. Pero no fue solo una ironía decir que Guha era nuestro gurú. Impartía de su obra y su persona el carisma, la simpatía, la energía, la generosidad, el radicalismo materialista (pensar la cosas desde su raíz) que nos permitía una iluminación, por supuesto como toda iluminación limitada, pero también emancipadora. En eso había también un elemento de seducción maquiavélica: se reunía con nosotros, nos hacía pensar que nosotros, el grupo subalterno de los estudios subalternos, como decía nuestro amigo George Yudice, éramos los verdaderos continuadores de su proyecto, ya que sus colegas

del grupo inicial sudasiático se habían instalado en los más altos rangos de las universidades al nivel global.

Guha estaba atento sobre todo a “la voz pequeña de la historia” (*the small voice of history*). Esa voz, en su visión, es la voz del subalterno. Lo subalterno no es una excepción, una identidad marginal o suplementaria (de ahí su diferencia con la articulación que Gayatri Spivak y la deconstrucción dan al subalternismo): más bien es el pueblo en su inmensa mayoría en las sociedades surgidas del entrecruce entre colonialismo y capitalismo. Pero para captar esa voz, hacía falta una inversión epistemológica, que afectaba también ciertas doctrinas y prácticas del marxismo, sobre todo las que se relacionan con una concepción historicista del “desarrollo” (el paso por los modos de producción) que convirtieron al marxismo en una ideología de una modernidad deseable y completada. Pero si la pregunta de la Guerra Fría era ¿cuál de los dos sistemas globales, el capitalismo o el comunismo, podía mejor producir la modernidad?, entonces la historia dio con la caída del comunismo soviético su respuesta: el capitalismo. Si el marxismo quería presentarse como una defensa de un proyecto de modernidad iniciada por la Ilustración y la Revolución Francesa, estaba en cierto sentido condenado a la derrota desde el principio.

¿Qué era la naturaleza de esta inversión epistemológica? Recordemos que en los años sesenta el filósofo francés Louis Althusser y sus discípulos estaban trabando una crítica del historicismo como un elemento de ideología burguesa todavía presente en el marxismo ortodoxo. Para Guha, la categoría que subrayaba la identidad y la “voluntad” subalterna era la Negación. No la negación dialéctica, sino la simple negación: los últimos serán los primeros. Para tener acceso al rebelde campesino, tema de su obra maestra, *Aspectos elementarios de la insurgencia campesina en la India colonial*, “la documentación sobre la insurgencia tiene que ser invertida para reconstruir el proyecto del insurgente de revolucionar el mundo... El fenómeno de insurgencia campesina nos llega inicialmente como una imagen encuadrada en la prosa y de allí el punto de vista de la contra insurgencia... Inscrito en el discurso de la elite, tiene que ser leído como una escritura al revés”.

En este sentido, los estudios subalternos no debían ser principalmente un discurso “sobre” lo subalterno, localizado en el pasado o la tradición; tenían que ser una manera de intervenir ideológicamente, intelectualmente, a favor del subalterno en el presente, desde una posición de autoridad académica y epistemológica. En este sentido, la posición de Guha se diferenciaba radicalmente de la propuesta en la historiografía progresista de una “historia

desde abajo”, o de la idea en las ciencias sociales en general de una “historia oral.” Historia oral e historia desde abajo revelan la agencia del historiador o del investigador que los “recoge” y les da forma como parte de otra narrativa. Lo que en un principio los estudios subalternos dejan aparecer es la abnegación del subalterno, a veces marginada o subordinada por la historia de la nación-Estado, o de la modernidad.

Guha y los integrantes del Grupo de Estudios Subalternos Sudasiáticos confrontaban en los años que precedieron el colapso de la Unión Soviética el hecho de que la historiografía del subcontinente indio, tanto en sus variantes coloniales como nacionalistas (incluyendo las marxistas), había sido estructurado por un modelo estatista de modernización política, económica, y cultural. Cuando ese modelo comenzó a producir efectos perversos, antidemocráticos después de la independencia formal (efectos que en la actualidad se vislumbran en el régimen a la vez fundamentalista y neoliberal de Modi en la India), Guha y su grupo creyeron necesario encontrar una manera diferente de comprender la historia social de sus países, especialmente la contribución de generaciones de rebeliones campesinas desde el siglo XIX al presente. Para hacer esto, pasaron de su campo inmediato de la historia y las ciencias sociales a la teoría y la crítica literaria, particularmente en sus inflexiones crítica. Par Guha, por ejemplo, fue especialmente significativa la contribución de Roland Barthes y su articulación de la lingüística saussureana. *Aspectos elementales* es un libro que revela en su propio título una práctica sincrónica de la historia.

El impulso de grupo latinoamericano, fue, de alguna manera, la inversa: nos parecía que el campo de la literatura y la crítica literaria latinoamericana entraban en crisis también con la crisis general de la izquierda. Teníamos la sensación de que el proyecto de la izquierda latinoamericana que había definido nuestro trabajo previo en la crítica literaria y cultural había llegado a un límite. Esa sensación fue exacerbada particularmente por la derrota de los sandinistas en las elecciones de 1990. No estábamos seguros, o no estábamos de acuerdo acerca de cuál era ese límite, pero si estábamos seguros que las cosas estaban cambiando y que necesitábamos un nuevo paradigma. Llegamos por derroteros distintos a leer los ensayos de Subaltern Studies. Con la idea de producir algo parecido, nos reunimos por primera vez en 1992, produciendo un documento colectivo que declaraba:

La actual caída de los regímenes autoritarios en América Latina, el fin del comunismo y el consiguiente desplazamiento de los proyectos revolucionarios, los procesos de democratización y la nueva dinámica

creado por el efecto de los medios de comunicación de masas y la transnacionalización de la economía: todos estos son desarrollos que demandan nuevas formas de pensar y actuar políticamente. La redefinición de los espacios políticos y culturales latinoamericanos ha llevado, a la vez, a los intelectuales de la región a revisar epistemologías establecidas y previamente funcionales en las ciencias sociales y las humanidades. La tendencia general a la democratización lleva a priorizar en particular la reexaminación de los conceptos de sociedades plurales y de las condiciones de subalternidad dentro de esas sociedades.

De Guha en particular, recibimos la enseñanza que los estudios subalternos se inscribieron dentro del fenómeno más amplio de la postmodernidad. Eran una adaptación del marxismo a la postmodernidad, un marxismo postmoderno. Al decir de Gayatri Spivak, eran “una estrategia para nuestro tiempo.” Al punto que designaba una alteridad que no podía ser adecuadamente representada en las formas existentes de la literatura o las ciencias sociales sin modificarlas profundamente (de allí la importancia de la discusión del testimonio), la idea de lo subalterno era una manera de conceptualizar con el Grupo sudasiático de la necesidad de un nuevo paradigma intelectual. Pero en la medida en que nosotros mismos estábamos implicados en la universidad y el aparato general de la investigación y la educación como profesores, escritores, críticos, el subalternismo no podía consistir solo en estudiar algo estaba fuera de la academia, bandidos campesinos, o cultura popular moderna como en el caso de los estudios culturales, por ejemplo. El reto fue más bien el de mirar nuestra propia participación en crear y reproducir relaciones de poder y subordinación en la medida en que nosotros continuábamos actuando del marco de nuestras prácticas disciplinarias y pedagógicas. Los estudios subalternos apuntaban, sobre todo, pensábamos, a una especie de crítica de la razón académica, hecha desde y para el latinoamericanismo académico.

Una meta quizás condenada a un fin infeliz desde el principio por su *hubris* (el grupo latinoamericano deja de funcionar como tal en 2002). Pero la extraordinaria simpatía y visión de Guha nos permitió avanzar por lo menos en esa dirección, con algunos efectos positivos. No es una exageración decir que elementos de la nueva fuerza de la izquierda, que, en formas bastante heterogéneas y a veces frágiles, que aparecieron con la llamada Marea Rosada en las primeras décadas del nuevo siglo revelan una deuda con por los menos algunos temas clave de los estudios subalternos (una nueva atención al campesinado o la noción de la nación como un espacio plurinacional, por ejemplo). La Marea Rosada sufrió un declive, pero ahora podemos vislumbrar

nuevas posibilidades (el MAS en Bolivia desde su origen; más indirectamente Petro, Boric, Lula, AMLO en México...). Lo que sí parece cierto es que las energías de resentimiento y evasión que el subalternismo descubrió entre las poblaciones subordinadas en otra época del capitalismo colonial, reaparecen como formas de las nuevas políticas de la derecha autoritaria en las condiciones actuales de globalización neoliberal. En cambio, la izquierda formal, especialmente el marxismo ortodoxo de filiación estalinista, social demócrata o trotskista, en general reaccionó contra Guha y los estudios subalternos, tanto en América Latina como en el subcontinente surasiático. Sería tema para una discusión más detenida, pero podemos conjeturar que fue un error de la izquierda formal conceder el espacio de las de las políticas afectivas a la derecha. Parece que esa izquierda puede o quiere presentarse hoy como una articulación más justa y racional de la globalización, el buen policía, no ya como una posibilidad de liberación y transformación humana. ¿Es este entonces el límite de nuestra imaginación y praxis política? Una nueva posibilidad sería quizás la articulación de las preocupaciones de los estudios subalternos y postcoloniales y con el nuevo movimiento de defensa planetaria contra la crisis del Antropoceno. Como se sabe, ese movimiento tiene en su centro una desarticulación de la distinción entre lo humano y lo no humano.

Una observación final desconectada de la persona y la obra de Guha, pero no de su espíritu. Como se sabe el ataque de la derecha en Estados Unidos, sobre todo, pero en todas partes, contra el *Woke* tiene la premisa central que el Woke es producto de la influencia del marxismo en la universidad y el sistema de educación. Así literalmente. No porque se preocupe por los derechos de los trans, o la igualdad de la mujer, o el multiculturalismo, o porque marche sobre la consigna de Black Lives Matter, sino porque es básicamente “marxista”, el Woke tiene que ser extirpado a la fuerza. ¿Están equivocados sobre la influencia del marxismo los reaccionarios? Quizás debemos ver el Woke como el resultado de varias generaciones de transformación intelectual y cultural que tienen una raíz en, entre otras cosas, las ideas del marxismo y nuestro propio activismo en la academia. Lo que promete el anti Woke es una Restauración conservadora, capitalista, patriarcal después de un siglo de luchas por la liberación de la humanidad en muchos frentes. Pienso que hace falta en este sentido reconocer que los estudios subalternos fueron parte de la articulación hegemónica que produce el Woke. Según el famoso dicho de Michel Foucault, que hizo todo lo posible por cuestionar los límites claustrofóbicos de la normalidad social, La

Sociedad necesita ser defendida. Hoy, El Woke necesita ser defendido. Eso sería también una defensa de Guha y del proyecto de los estudios subalternos.

Pero imagino que al oír esto más allá de la muerte, Ranajit, “aristócrata de la pablara,” en la frase exacta de Ileana Rodríguez, tomaría otro trago de su coñac XO, y nos miraría con una sonrisa amigable pero burlona.